

ARTE y Letras

Exposición colectiva de arte en Sala de Artesanía Española

Con obras de muy diversas firmas, desde maestros experimentados y llenos de veteranía a pintores muy jóvenes y aún noveles, se organizó, en los salones del Mercado de Artesanía de la calle de las Comedias, una exposición titulada "Primera colectiva de arte", integrada por oleos en su gran mayoría, y por acuarelas y dibujos en menor proporción.

Vicente Sancho Castro, Leopoldo García Ramón, Remigio Soler, José Peris Aragón y Rafael Muriel, ofrecen, entre la abundancia de pintura expuesta, sus estilos representando el sector más tradicional aun con las diferencias que son de suponer — y se saben, por ser, todos, artistas bien conocidos — entre la obra de unos y otros.

En otro plano más juvenil e insatisfecho, "Carloandrés", Bautista Lloréns Riera, Ricardo Lloréns, Néstor Casani — con un fino diseño — y algún otro significan, en la exposición, algo de las directrices más actuales con su bagaje de promesas y de riesgos.

José Casanova, por su parte, insiste en sus impresiones testimonio un día de precocidad y Luis Báguena, con sus acuarelas argelinas, da la nota documental y exótica, tan amena como interesante.

En un orden menos "profesional", Gonzalo Rodríguez Romeo, con sus cosas de mar; José Zamorano Ferrer, con sus apuntes de nuestra comarca; Navarro Sala, "médico-pintor", con varias impresiones de marina y bodegón; Antonio Sanchis, Eduardo Peneyto, con una nota de la iglesia de Santa Lucía, entre otras, vernáculos asimismo, y otros, con envíos de mérito comparable a los anteriores completan el conjunto de esta exposición heterogénea. Si acaso y sin duda los paisajes de calles de pueblo por Teresa Pascual, deben destacarse por su lozanía de concepto y nitidez de factura, briosa y simple, llenos de luminosidad y de espacio "practicable".

EXPOSICIÓN DE "CHRISTMAS" EN EL CIRCULO DE BELLA SARTES

En la oportunidad de los días navideños, ha organizado el Circulo de Bellas Artes, como en años anteriores, esta exposición colectiva "sui generis" de originales de "Christmas" o tarjetones de Navidad, con dibujos mas o menos apropiados, a los que, con prodiga frecuencia, se suma el color para enriquecer sus valores plásticos o expresivos.

La falta de catálogo y lo numeroso de la muestra que cubre, en varias

libros

"CONTRIBUCION AL ESTUDIO HISTORICO DE LA FARMACIA EN VALENCIA DURANTE EL SIGLO XIX Y ESPECIALMENTE DE SU FACULTAD", POR LUIS LORAS LCPEZ

Bajo el título reseñado, ha publicado Luis Loras López su magnífica tesis doctoral, aportando con ella a los estudios un interesante material, prolijamente seleccionado y notablemente recopilado, acerca de tan interesante aspecto sanitario de nuestra ciudad en el pasado siglo, durante buena parte del cual existió en Valencia una Facultad de Farmacia que, a juzgar por cuanto en esta curiosa obra se recoge, dio excelentes frutos.

El tema está tratado con singular competencia y amena soltura, evaluando la obra una serie de documentos gráficos tales como títulos, orlas de fin de carrera, etcétera, reproduciendo con esmero, contribuyendo todo ello a dar noticia de una interesante faceta histórica de la vida ciudadana en el diecinueve.

y amena alineación, todo lo largo de los muros de la sala principal del "Circulo", pese a las cortas dimensiones de todas estas obrillas, dificulta la referencia en detalle, que, por otra parte, huelga aquí. No pueden, con todo, escapar del recuerdo posible y de su mención, algunos de los modelillos expuestos, más afortunados — junto a otros, quizá, que olvidemos, involuntariamente — en la traducción, entre alegórica y narrativa del especialísimo encanto y la compleja simpatía de las Pascuas del Nacimiento.

Es de elogiar, en conjunto, esta exposición por la mejora apreciable de su "tono" respecto de algunas anteriores, concretamente de la anterior, en que se reiteraron los motivos menos justificables, al lado de otros, los más, adecuadísimos. También vale en la presente destacar la colaboración de no pocas firmas prestigiosas que añaden calidad e interés a la serie de "christmas" exhibidos.

Sin otro orden que el de su fortuita recordación, citamos los envíos, a veces plurales en obras, de Segrelles, Sigüenza, V. Benedito, Roberto Domingo, J. Mateu, Reus, Bayarri, Martín Vidal, Povo, Val, S. Rodríguez, Antonio Ferrer E. Cínesta, H. Doce, H. Mompó, Portolés, L. Roig, Coñi, Rubio, Bellver, Montañano, J. Ortells, Ramil, Verchill, Scals, Suárez, Larcada, P. Contell, etcétera, respectivamente, significativos, cada uno de ellos, del arte conocido, de todos estos respectivos autores, con fidelidad casi general. Esta lista de autores, no completa, acredita las calidades de lo expuesto, no sólo en lo formal, sino también en lo expresivo, que, por tratarse de tal clase de obras, y de la limitación de tamaño y de repertorio que entrañan, tiene, en ellas, importancia primordial.

F. G.

LECCIONES DE LA NATURALEZA

Por CESAR GONZALEZ - RUANO

Esta lluvia es buena... Este viento es malo... Que la mar no se mueva, quiere decir tal cosa. Que la luna está empañada, tal otra. Unos días de descanso y olvido de comentarios, unos días de contacto directo con la naturaleza, con los hombres, que viven pegados a ella le convencerán a uno, hombre de ciudad, de que todos nuestros saberes son otros, de que nunca acertamos en nuestras predicciones, porque aquí el espacio es muy otro que nuestro espacio habitual.

Contra lo que pudiera parecer, la deducción lógica del hombre de la ciudad frente a los elementos es ridículamente elemental y casi siempre equivocada. Para uno, el que llueva, por ejemplo, es un simple incidente que relacionamos con la mayor o menor abundancia de taxis, con la facilidad o dificultad de la movilización urbana. Para el campesino y el marinero, la lluvia quiere decir otra cosa. Con el viento lo mismo ocurre. Nosotros decimos que hace viento o que no lo hace, y eso es todo. Ellos distinguen las muchas clases de viento que puede soplar. Entre unos y otros, las diferencias son enormes. Hay no solamente benéficos y maléficos, sino vientos anunciadores, vientos inoportunos y vientos esperados a plazo fijo. En la región catalana del Ampurdán, cualquier aldeano, cualquier payés, sabe, nada más asomar la jeta a la puerta de su mesía, de qué viento se trata. Al cabo de unos días uno apenas sabe distinguir el viento que viene del mar y el viento que viene de la montaña.

Claro que en esta región los vientos son como antiguos pobladores, como huéspedes eternos. Hay regiones que son ricas en esto o en lo otro. El Ampurdán es rico en vientos. Esto por de pronto. No en vano se ha llamado poéticamente al Ampurdán Palacio del Viento.

El hombre del campo como el hombre del mar vive del campo y del mar y no se ocupan de muchas otras cosas. Nosotros, los hombres de ciudad, vivimos de abstracciones y probablemente para abstracciones. Somos, sin pensarlo, más metafísicos que físicos.



Un paisaje del pintor valenciano o Francisco Lozano

Aun el más pegado a la tierra, el comerciante, está en la ciudad pegado a una tierra que no es tal, sino a un concepto. Somos, por así decirlo, vendedores y compradores de humo.

Un simple paseo por el campo nos convence de nuestra fabulosa ignorancia. Para nosotros todo lo que no es una calle, es campo, lo que no deja de ser un engaño casi ridículo. A un aldeano, decirle el campo es como no decirle nada. Necesita concretar la clase

de campo que es, lo que se da en él, lo que puede darse. Nosotros apenas distinguimos una masa alta de un árbol recién nacido. El sabe el nombre no sólo de todas las matas y todos los árboles, sino de todas las plantas, flores, florecillas y hierbas.

nosotros esto nos produce una genuina sorpresa.

Viviendo unos días fuera de la ciudad, lejos de ella, nos damos cuenta de que incluso el concepto del tiempo es diferente. No es verdad, como hemos dicho nosotros, por pura facilidad de expresión, que el tiempo no existe en el campo. Lo que ocurre es que son otras las medidas del tiempo. Nosotros hemos perdido, probablemente, la dimensión clásica para adoptar como buena una dimensión romántica, o en todo caso, anecdótica. Otro tanto nos ocurre con el dinero, que aquí es más fin que medio, lo que al hombre de ciudad apenas sabe entender.

Unos días de descanso deben de servirle al hombre para algo más que para descansar. Descansar es muy poco, como probablemente es muy poco también cansarse. Lo que importa es la divagación sobre ciertos conceptos que el ocio pone en misteriosa actividad. Pensar sobre las cosas es una función, para el escritor al menos, absolutamente irremediable. Diríamos que por deformación profesional no hemos estado nunca sin pensar en nada. Aun dormidos, pensamos. Y este alejamiento de la ciudad nos trae la benéfica novedad de pensar en otras cosas.

Pensar en otras cosas es rendirse un poco. No languidece dándole vueltas a las mismas cosas siempre. Abrir un incisivo es el proceso ameneramiento. Algo, en suma. El hombre triunfa gracias al producto de su perseverancia en la monotonía. Pero vive del aliento, de la diversidad espiritual. Este aliento que pudiéramos llamar antieconómico, oneroso casi, es como uno de los vientos fuertes del Ampurdán: fustiga los nervios y acaba por temerlos.

En la mañana clara de agosto de noviembre una cosa así. Cosas que apenas tienen contorno. Cosas que nos saldrán como una buelta en erucción un día u otro. Porque el escritor es un rumiante, y contra los pellicos de la actualidad tiene la enorme reserva de la nostalgia.

Los ingleses y la pipa
El filósofo inglés Ernest Curzon, se ha dedicado a unas investigaciones muy interesantes para saber en qué medida ha podido influir la pipa en el idioma inglés. He aquí los resultados de su estudio. Curzon afirma lo más sorprendente del mundo, que un fumador de pipa no gusta de hacer frases largas, porque le impide chupar su pipa y podría así apagarla. Y todo el mundo sabe que una pipa encendida dos veces no tiene el mismo sabor.

Los ingleses se han habituado, pues, a las frases breves tacónicas. La pronunciación misma del inglés ha sufrido la influencia de la pipa, pues hablan casi separar los dientes.

Tres mil ochocientas quince horas Ha empleado Lorenzo Riber en traducir las obras de Luis Vives

Estando a finales del pasado verano, en Palma de Mallorca, quise visitar, acompañado de un ilustre valenciano, José Blat Gimeno, jefe de la Inspección de Primera Enseñanza de aquella isla, la Biblioteca Provincial, regida por otro valenciano y amigo, el profesor Jesús García Pastor. Era por la mañana y no había en el salón de lectura más que dos personas; una de ellas era un sacerdote de madura edad, que repasaba sobre una mesa, como si fueran un "catón", unos viejos manuscritos.

—Voy a presentarte a ese sacerdote —me dijo García Pastor—. Es Mosén Lorenzo Riber.

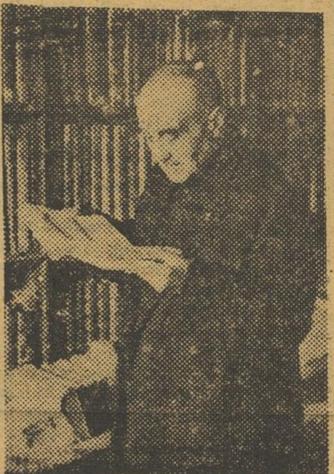
Efectivamente; allí estaba el académico de la Española, poeta, "mestre en gai saber", escritor y, sobre todo, meritísimo traductor, en verso o en prosa, de los clásicos latinos, Horacio, Valerio Marcial, Prudencio, Séneca, San Agustín, etcétera. El ilustre hijo de Campanel (Mallorca) va todas las mañanas a la Biblioteca a proseguir su labor, cuando no está en Madrid, donde se le requiere como miembro de la Real Academia Española.

La charla fue breve. El tiempo para Mosén Lorenzo, es oro de ley, y yo no quise que lo malgastara conmigo. Pedit permiso para mandarle un cuestionario y ofrecí contestarlo. Aquí van las respuestas de Mosén Lorenzo, como todos le llaman allí:

—¿Cuándo estuvo usted en Valencia y con qué motivo?

—Elo fue en una magnífica noche de julio, cuajada de luceros, en los primeros años de este siglo que superó ya su mitad, a bordo del flamante vapor "Miramar", blanco como un cisne y canoro también como un cisne, pues iba poblado de poetas y literatos insulares que acudían a festejar en su gloriosa ancianidad al patriarca de las letras valencianas, Teodoro Llorente, en la merced, apoteosis de

su coronación (1909). Presidían aquella argonautica de poetas, don Miguel Costa y Lloveray don Juan Alcover, cada uno con su canto; yo con un tímido balbuceo en prosa, bronco como un ánade entre cisnes.



—¿Qué otros viajes hizo a nuestra tierra?

—En 1917 se me hizo el honor de elegirme por mantenedor de los Juegos Florales de "Lo Rat-Perat" Noche radiante. No recuerdo en qué teatro —en el Principal—, ante un público deslumbrador. La reina de la fiesta era la señorita Conchita Martínez Pérez, rutilante de belleza, joven y de atavíos ancestrales. El poeta ganador de la flor natural fue José María Bayarri. El tema de mi discurso era "Valencia y Mallorca". Hablaba de la inmensa gratitud que nuestro pueblo debía a Valencia, por haber acogido en su regazo al recién nacido vástago del infante don Ferán de Mallorca y la infanta doña Isabel Morea, muerta en el éxtasis del alumbramiento, trasladado desde Catania, a través de un mar hostil, en brazos

del ampurdanés Ramón Muntaner, a quien el amor hizo valenciano. ¡Pobre infante botado a tan tristes destinos! También de la gratitud que Mallorca os debe por habernos enviado en días trágicos a Fray Vicente Ferrer. Demasiado tema para fuerzas tan flacas. El cielo vino en mi favor. Al final del discurso, un aguacero súbito, crepitante como una granizada sobre un techo, al parecer de zinc, excusó los aplausos que, sin duda, me hubiese dedicado la exquisita corteja valenciana y que no merecía mi pobre parlamento.

—¿La traducción de las obras de Luis Vives es deuda de Valencia con usted?

—Acaso pueda ser una endeble correspondencia a tanto favor y bondad, por haber hecho yo hablar en el román paladino de Castilla, el gigantesco "opus", de nuestro Juan Luis Vives, pedagogo de Europa y de la Humanidad, extrayéndolo de aquella su latinidad bilingüe y recia, que nada desmerece de los epigones del Renacimiento, Erasmo, Budeo, Tomás Moro.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado en esta traducción?

—Tres años y medio, a razón de siete horas diarias, me llevó el osado empeño de su traslación de un idioma ahora confinado en pequeñas zonas de la cultura. Un editor valenciano —no nació en Valencia, aunque se crió en ella—, don Manuel Aguilar, empujó la empresa y la dió en dos soberbios volumenes que pasan de las 3.000 páginas. Luis Vives y Valencia se merecían esto. La obra, por primera vez en España, ha sido declarada de interés nacional, por la Dirección General de Propaganda.

—¿Cree que volverá a Valencia?

—Tengo ya 70 años; el número de amigos disminuye por ley de vida; los libros me absorben el tiempo... Valencia, no está tan lejos, y yo no la olvido.

Salvador Chanzá